

Gotas como de cristal líquido salpicaban a la orilla del río, donde jugaban los lirios de agua, mientras su piel blanca y sus pecas amarillas le sonreían al juguetón sol de primavera, procurando alojarse a la sombra. Las grandes hojas que nacieron con estos seres antropomórficos, imitaban la ropa humana, y los tallos que se apretaban delicadamente en sus extremidades, eran parte más del ligero atuendo.

No tan lejos, un grupo de muy jóvenes amapolas jugaban al escondite, perdiéndose a propósito en el familiar jardín en el que sus flores germinaron un par de días atrás, dándoles sus preciosas faldas acampanadas, y celebraban las unas con las otras el haber podido despegarse del suelo que las nutrió para formar sus cuerpos.

¡Oh! Ojalá cualquier sociedad fuera tan fácil, pero donde hay pensamientos humanos, las aguas están sucias y contaminadas, y animales muertos flotan en ellas. Basta una belladona, y las tonalidades rosáceas que la cubren de arriba a abajo, ella permanentemente colorada, como si cada minuto recibiera los mejores halagos. Basta besar a una belladona, que te deje rozar sus tiernos pétalos, que te abrace contra su pecho y te convenza de que te está alimentando. Eso basta para que consumas su veneno y perezcas en sus labios, alucinando sobre una vida perfecta junto a ella. ¿Qué pasa con los jazmines? Son muy agradecidos, sí. Su aroma es hermoso y lo compartirá contigo, impregnándolo en tus propias hojas. Pero, ¿es eso realmente bueno? Pasaréis tanto tiempo juntos, que se os confundirá por planta idéntica. En cada contacto que suceda, más y más enredado te hallarás en su limitada fronda, que el necesitado jazmín se esforzará en darte al completo, consumiéndose a sí mismo, creyendo que así logrará estar completo y feliz. Y llorarás, y llorarás, preguntándote cómo vas a quitarte sus tallos de encima sin tener que cortarlos. ¿Y los cactus? Solo aquellos que poseen paciencia para aguardar décadas confiando en que algún día florecerán, o quienes, a causa del destino, se cruzan con ellos cuando la belleza de sus flores es apreciable momentáneamente,

esos son los únicos capaces de mantenerse a su lado, enamorados de su breve lado gentil, que no siempre acaba compensando la tosquedad en el trato que devuelven. Y, por supuesto, este caso de quedarse no es la mayoría. Pues, cual armadura de caballero, los cactus visten una coraza orgánica, llena de amenazantes púas que inyectan miedo a acercarse demasiado, en cualquier sentido. Son grandes y su anatomía es basta, hinchados de agua e impulsividad. Con suerte, temor es lo único que sentirás hacia ellos.

Dentro de una pequeña estructura, transformada en ruinas por el tiempo y la maleza presentes en un bosque del montón, un arbusto que había estado quieto a lo largo de todo el año, comenzó a ser sacudido gracias a la magia que poblaba este cosmos. Las flores de la acacia dejaron de columpiarse en sus racimos, arrimándose curiosas; aparecieron también las apasionadas anémonas, que bailaban de emoción, ilusionándose con un posible amante definitivo, e incluso las tímidas peonías quisieron asomarse. Así, el conjunto decidió que recibirían a la nueva criatura.

Semejante a un chispazo, de repente el arbusto se expandió con más viveza, con frenesí. Sus hojas adquirieron rasgos, y sus tallos ganaron textura, y la sensación de incertidumbre en los estómagos, se volvió ansiedad. Era un rosal.

Un grito prolongado hizo eco en el bosque, acompañado de un ruido comparable al que hace la tela cuando es agujereada. Eran las espinas de la rosa, que crecían en sumas direcciones, clavándose en su piel, y como los tallos asimismo crecían, la desgarraban. En el siguiente alarido, la planta tiró de su cuerpo contra su voluntad, arrancando la ramificación que la unía al matojo, cayendo malherida, esperando ayuda de quienes enfrente tenía. Pero al unísono, el grupo dio un paso atrás y, dubitativos, cada especie huyó hasta esfumarse en los ojos negros

de la rosa, hincando en el corazón de la nombrada lo que ella consideraría como la peor de las espinas; el rechazo por algo que no podía controlar.

“Pobre rosa, mas bien sabe todo el mundo, que no se puede amar a quien está dañado así. Es complicarse la vida.”

La miserable flor experimentaba una intensa disnea. No quería moverse, dolía, le dolía vivir, y sin embargo sabía que no podría soportarlo si alguien más la encontraba y le enseñaba tal desprecio, por lo cual, accionó sus piernas y deambuló. Sentía el órgano en su pecho latiéndole en las muñecas, en la espalda, en los tobillos, sangre deslizándose que se acumulaba en sus pies y combinaba trágicamente con el color de sus pétalos, pintando el suelo carmesí. Temblaba y pensaba, pensaba lo que más fuerte retumbara en su mente, lo que más opacara su sufrir...

“¡Encima, después uno se siente culpable de sus problemas! Es tan egoísta.”

...Y solo empeoraba.

El escenario cambiaba. ¿El cielo? Ya no era azul; una espesa neblina de polvo impedía la luz. El césped perdía su verde y disminuía en cantidad, prevaleciendo únicamente la tierra, y luego, continuaron los crujidos de indistinguibles plantas marchitas, partiéndose al compás de los débiles pasos de la rosa. Fue entonces cuando un llanto sonoro, adolorido, inundó aquel lugar similar a un cementerio. Aunque, guiada por la sociedad, ella misma se había aislado, deseaba desesperadamente ayuda, jugaba erráticamente con el terreno infértil, ansiando tacto cariñoso, liberar el nudo de su garganta con alguien que la quisiera y le recordara, que ella jamás pidió sus agujijones... Pero le aterraba en exceso la invalidación.

“Si al menos intentase hacer algo por mejorar las cosas.”

Palpó una de sus espinas, planteándose malas ideas. Ella no sería capaz de arrancarlas sin desangrarse, pero, maldita sea ¡las odiaba tanto! ¡Se odiaba tanto! Ni un solo sentimiento venía con suavidad, cada cual arrasaba con ella. Y sollozando, fue echándose.

¿Pequeña amada? ¿Qué haces? Por favor, no, no te rindas, sé que muchos te amarían. ¿No hay nadie en los horizontes? Hacia donde mirases, el campo se divisaba muerto. ¿Por qué todo es desgracia para la rosa? No había sol, no había agua, ni un alma satisfecha en el mundo. ¿Dónde queda la felicidad? ¿Dónde están los girasoles?